



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

36 – No habrá guerra en el Horân

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 36 – No habrá guerra en el Horân

Según se dice, por aquel entonces el rey disponía de diez piezas de artillería de gran calibre, que defendían la ciudad de Damasco. La más pequeña, todavía se puede ver montada sobre la muralla de Alepo; era la que llamaban “El Cañón Loco”. Así que el sultán redactó un firman a la atención de Aqîsh El Leal, gobernador de Damasco, y se lo confió a un destacamento de mamelucos de élite, tras lo cual esperó la llegada de refuerzos. Mientras tanto, Ibrahim, al ver que nadie recogía el guante de su desafío, había vuelto a entrar en su castillo.

– A ver, viejo caduco, ¿has visto ya el trabajo de tu hijo, el capitán Ibrahim? –le largó a su padre Hasan– ¡Todos los *fidais* y los emires se han desinflado ante mi presencia!

– No te fíes –le respondió el viejo capitán con aire sombrío–. Seguro que detrás de todo esto hay una maniobra; pero a saber cuál... No te fíes del sultán, y no te expongas a su cólera: no es bueno empujar hasta el límite a un hombre cuyas palabras siempre han ido seguidas de unos hechos... ¡Solo Dios sabe lo que nos anda preparando!

– ¡Pues que prepare lo que le dé la gana! ¡Mira cómo me río yo de sus preparativos!

Apenas pasaron unos días para que los cañones llegaran desde Damasco: nada como la voluntad de los reyes para acelerar las cosas. Como el día tocaba a su fin, El-Zâher se limitó a colocar las piezas de artillería alrededor de toda la ciudadela, dejándolas con una buena custodia. En realidad, el rey no tenía verdaderamente la intención de bombardear la ciudadela: tan solo intentaba intimidar a Ibrahim para devolverle al arrepentimiento. De hecho, el espectáculo de los cañones apuntando hacia ellos por todas partes y el rumor de que el sultán se preparaba para arrasar la ciudadela, propiciaron la consternación entre los asediados. Por todas partes se elevaban los gritos y lamentos de los hombres, mujeres y niños, mientras los ancianos se presentaban en delegación ante Hasan El-Horâni:

– Capitán nuestro –le dijeron– ¿Te has dado cuenta de que el pequeño Zâher ha enviado a buscar cañones a Damasco? ¿Y que los ha apuntado todos sobre la ciudadela? ¿y que no va a dejar piedra sobre piedra? Por culpa de tu hijo va a morir buena gente enterrada bajo las piedras y las balas de cañón: Dinos, ¿de verdad crees que el buen Dios estaría de acuerdo con algo así?

– ¡Solo Dios es fuerte y poderoso, el Altísimo, el Todopoderoso! –suspiró Hasan– Mis pobres amigos, yo no puedo hacer gan cosa...

Al momento, mandó a buscar a Ibrahim; el impulsivo capitán apareció poco después, y vio a los ancianos reunidos en el gran salón, con los pañuelos en las manos y derramando ríos de lágrimas.

– Pero, ¿qué pasa?

– Hijo mío, el pequeño Zâher, ha enviado a buscar los cañones de Damasco, y tiene la intención de bombardear la ciudadela y hacer perecer a todos los habitantes –respondió Hasan– ¿Quién puede resistir a las piedras y a las balas de cañón? Toda esta gente va a morir por culpa tuya, hijo mío, y tú; tú tendrás que responder ante Dios. Así que, ¡a ti te toca buscar una solución!

– Escucha, padre, solo veo una –replicó Ibrahim, tras reflexionar un instante–: esta noche, yo cogeré a Nâfileh conmigo y nos iremos de aquí para ponernos al abrigo de la cólera del sultán. En cuanto a vosotros, pues mañana por la mañana os presentaréis ante él y le diréis tal y tal cosa...

Ibrahim les explicó exactamente la conducta a seguir, luego, se fue para reunirse con su prometida y ponerla al corriente de la situación; la joven se vistió como un mameluco, y, luego, acompañada de Ali Ibn El-Shayyâh, bajaron a las caballerizas, escogieron tres buenas monturas y envolvieron sus pezuñas con fieltro para disimular el ruido de los cascos. Montaron y, saliendo por una poterna secreta, abandonaron discretamente la ciudadela. Tanto Ibrahim, como Ali, se habían provisto de un cinturón con una faltriquera llena de monedas de oro. Se esfumaron aprovechando el manto oscuro de la noche, y Dios extendió Su protección sobre ellos, consiguiendo así alejarse de allí sin riesgo. Después de una hora de marcha, y haber dejado atrás la ciudadela, Ibrahim se volvió hacia su compañero.

– Tenemos que separarnos, Ali –le dijo–: tú, vete por aquí, y nosotros iremos por allí. Si nos quedáramos juntos y cayéramos en una emboscada, nadie lo sabría. Es preferible que tomemos caminos diferentes para que, quien pudiera escapar prestara ayuda al otro.

– Bien pensado, padre –aprobó Ali.

Entonces, los dos hombres se separaron: dejémosles correr, más adelante volveremos a encontrarlos, y ahora, volvamos al viejo capitán Hasan El-Horâni, padre de Ibrahim.

Tras la partida de su indómito primogénito, él también abandonó la ciudadela, acompañado de su mujer, La Canosa, y de su hija, la *labweh* Fâtme La Indomable. Fueron

a refugiarse a la región de El-Laya, con un emir beduino amigo suyo, llamado Sultán Hasan, con el que mantenía una relación amistosa durante largos años. Al saber de su llegada, el emir fue a recibirle y le saludo calurosamente:

– ¡Tu llegada es una bendición para nosotros, capitán Hasan! ¿Qué buenos vientos te traen por aquí?

El anciano capitán le explicó la situación.

– He tenido que huir de El-Horân, y he venido a esconderme aquí, a tu casa –concluyó.

– ¡Tú eres cien veces bienvenido, Hasan! ¡Considérate como el emir de este campamento y mírame a mí como a un invitado a quien tú dieras asilo!

Les asignó la tienda más hermosa, y Hasan se instaló allí con su mujer y su hija, rodeado del respeto y la atención de todos.

En cuanto a nuestro señor el sultán, pues resulta que pasó la noche sin darse cuenta de nada. A la mañana siguiente, tras hacer las abluciones y cumplir con sus obligaciones religiosas, se fue a su sitio en el pabellón de mando, y cuando ya estaba dispuesto a dar la orden a los cañoneros de que abrieran el fuego, oyó un gran tumulto que se elevaba de la ciudadela.

– Y bien ¿qué sucede? –se extrañó el rey.

– ¡Oh, Comendador de los creyentes, son los sheijs del Horân y los ancianos de la ciudadela –le respondieron–: han salido descalzos, sin el turbante, y con una cuerda al cuello, pidiendo gracia!

– Está bien, traedles aquí, y veamos lo que quieren.

Hicieron pasar a una delegación de ancianos y de lugartenientes, que se arrojaron a los pies, llorando a lágrima viva:

– ¡Oh, Comendador de los creyentes, te imploramos por la majestad de Dios y la del Profeta! ¡no nos condenes por las faltas cometidas por otro!

– ¿Qué queréis? –les preguntó el rey.

– Efendem, por tu cabeza, nosotros no hemos cometido ningún delito contra Tu Majestad: jamás se nos pasó por la cabeza declarar el estado de sitio en la ciudadela; pero Ibrahim nos ha obligado, y también a su padre. Ayer, cuando llegaron los cañones, fuimos a protestar al viejo capitán Hasan; él mandó a buscar a su hijo y le amonestó duramente:

– Mañana mismo, hijo mío –le dijo–, irás a presentarte ante Su Majestad el sultán, y le pedirás perdón. ¡Es más, aunque te matara, eso sería mejor para ti, que morir como un rebelde!

Pero esta mañana nos hemos dado cuenta de que el capitán Hasan había desaparecido con su mujer La Canosa y con Fâtmeah la Indómita; en cuanto a Ibrahim, Nâfileh y Ali Ibn El-Shayyâh, pues también han huido. Hemos preguntado a los sirvientes, y nos han contado que Hasan, al conocer que su hijo se había fugado, él decidió hacerlo también, por temor a

tu cólera. ¡Esa es la razón por la que hemos venido a arrojarnos a tus pies y a implorar tu perdón, confiando en tu clemencia, tu generosidad, y tu noble alma!

– Podéis retiraros en paz todos vosotros –declaró el sultán–: por mi cabeza, ojalá Dios os perdone, como yo os he perdonado... Pero si ese bribón de Ibrahim se piensa que se me va a escapar, se equivoca.

Tras dar permiso a los sheijs y a los ancianos para que se fueran, el rey ordenó a sus tropas que salieran en busca de los fugitivos... Sí, pero ¿quién se encargaría de esa misión? ¡Los *fidauis* ismailíes, naturalmente! Así que estos montaron a caballo y partieron al galope... Pero, ¿acaso creéis que los *fidauis* tenían verdaderas ganas de atrapar a Ibrahim y entregárselo al rey? ¡Evidentemente, no!

– Eh, muchachos, si por casualidad os encontráis con Ibrahim, nada de un exceso de celo: ¡Vista gorda y fuera líos! –se recomendaron unos a otros.

En fin, que apenas había pasado una hora cuando dejaron de patrullar “de ese modo” alrededor de la ciudadela; se resguardaron en un escondido rincón para charlar largo y tendido y comer tranquilamente, y luego fueron a anunciar al rey que no habían encontrado ni una huella del fugitivo.

– ¡Por mi cabeza y los la de Aquel que me ha confiado el gobierno de Sus criaturas! – exclamó el rey– Aunque tenga que quedarme aquí un año entero, no levantaré el campamento hasta tener noticias de Ibrahim.

– Estamos a tus órdenes –asintió el visir Shâhîn.

De modo que el sultán se preparó para mantener vigilada la ciudadela, al tiempo que enviaba mensajeros por todas partes para intentar encontrar al rebelde. Mientras, liberaron a Dawûd el Desenfrenado y a Kamel; les condujeron ante el rey, que les recibió amablemente, intentando confortarles y prometiéndoles vengar las afrentas que Ibrahim les había infligido. Y hasta aquí lo referido a El-Zâher.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.37 – Una alianza *contra natura*